

DOS PALABRAS, DOS PERSONAJES. Éxito y fracaso en la vida de Raquel y de Abraham

Enrique Sanz Giménez-Rico, SJ.

Director de *Sal Terrae*. Profesor de Sagrada Escritura en la Universidad Pontificia Comillas (Madrid).

Saber que no viviste en vano, y que, gracias a ti, una persona pudo respirar con más tranquilidad. No recuerdo con exactitud ni dónde ni cuándo leí esta frase de un poema anónimo sobre el éxito. Sí recuerdo, en cambio, que anoté y conservé dicho poema en *el baúl de mis recuerdos*. Lo hice fundamentalmente, porque repetía de distintas maneras que uno/a tiene éxito y triunfa en la vida cuando es capaz de construir vida a su alrededor, cuando logra –cito de nuevo una referencia literal del poema- *hacer un poco mejor el mundo*.

Una segunda referencia en estas líneas introductorias. En la vida diaria oímos, vemos y pronunciamos múltiples mensajes que consideran ilusorio e incompatible establecer una relación entre éxito y solidaridad. A pesar de que la *evidencia cotidiana* parece negar dicha vinculación, *se puede triunfar y a la vez ser solidario como lo han demostrado muchos líderes sociales*¹.

Tercera referencia. Este número de *Sal Terrae* pretende presentar algunas orientaciones y reflexiones no sólo en torno al éxito, sino en torno al éxito y al fracaso.

Sirvan estas tres referencias citadas para enmarcar las líneas que siguen a continuación, que tienen como eje fundamental a dos personajes bíblicos, Abraham y Raquel, Raquel y Abraham. Ambos pueden ser todavía hoy un modelo en el que poner nuestra atención. En primer lugar, porque los dos han inspirado a muchas generaciones a recordar y recitar el poema que se menciona al comienzo de este artículo. En segundo lugar, y este aspecto aparece resaltado con mayor claridad en el caso de Raquel, porque su triunfo y su éxito se han logrado no tanto en sintonía con el disfrute y el placer sino por haber estado *orientados a la ayuda a los demás y al olvido de sí mismos*². Por último, porque ambos supieron entretener con gran maestría el difícil y, por desgracia, el tantas veces irreconciliable binomio *vida – muerte*. No sólo es válida y actual la afirmación de que *si somos rotundos nuestra convicción más profunda nos hace pensar que “el éxito es vivir y morir el fracaso”*³. Ésta ha sido también la convicción de muchos hombres y muchas mujeres que nos han precedido en la historia. Abraham y Raquel expresan, sin embargo, con claridad que la muerte no tiene por qué ser considerada siempre como un fracaso rotundo. El padre de Isaac y la madre de Benjamín nos recuerdan –éste será el aspecto que se desarrollará con amplitud a partir del próximo apartado- que la vida que se entrega no se pierde. La muerte, la *real* o la *muerte a sí mismo*, pueden ser medio generador de vida, pues, recordando un poema del poeta alicantino Miguel Hernández, *una vida consumada hace fecunda la muerte*.

PERO SU PADRE LE LLAMÓ BENJAMÍN

Es probable que algún director cinematográfico que quisiera hacer una película sobre Gn 35,16-20 eligiera como título de su película la frase con que se inicia este apartado.

¹ Cf. A. RAMÍREZ, *Éxito y fracaso*. Cómo vivirlos con acierto, Serendipity 52, Bilbao 2000, 58.

² Cf. A. RAMÍREZ, *Éxito y fracaso*, 59.

³ Cf. A. RAMÍREZ, *Éxito y fracaso*, 65.

Un buen conocedor de la Escritura lo aceptaría con agrado, ya que el protagonista principal de la misma es Benjamín, *el hijo de la felicidad, el hijo de la fortuna*.

Además de éste, tres actores más intervendrían en la película que estamos imaginando: Raquel, Jacob, una partera. El desarrollo de la misma no se alejaría mucho de lo que se narra a continuación.

En el camino de Efrata se ve a una mujer llamada Raquel, que gime y suspira ante la inminente llegada de un parto. Sus gemidos y suspiros son gritos, lamentos, chillidos y alaridos, porque las dificultades del parto que se está produciendo superan sobremanera las que se dan normalmente en todo alumbramiento. En medio de tan sonora queja se oye otra voz distinta, la de una partera o comadrona, que, dirigiendo su mirada a la dolorida Raquel, exclama: no temas, que también esta vez vas a tener un hijo.

De repente, y sin que se le avise al espectador, suena una música que recuerda mucho a alguna de las conocidas marchas fúnebres. En la pantalla no aparece otra imagen más que la de Raquel, que respira con enorme dificultad, y a quien apenas le quedan fuerzas para gritar. Sí, no es imaginación del espectador; Raquel está exhalando, Raquel se está muriendo. Ha dado a luz a su hijo Benjamín y, en el momento del alumbramiento, su existencia se apaga. Lo que sigue en la película no es difícil de imaginar: Raquel es sepultada en el camino de Efrata. La película se ralentiza al máximo; en la pantalla sólo aparece la sepultura de Raquel. Después de pocos minutos, la imagen sigue siendo la misma; sólo una cosa se ha añadido: sobre la tumba de Raquel aparece una frase, que dice únicamente *pero su padre le llamó Benjamín*.

No es una película ficticia la que se acaba de presentar. Sí, en cambio, la película de la muerte de Raquel y del nacimiento de Benjamín, cuyo guión reproduce con bastante fidelidad la narración bíblica de Gn 35,16-20. La presentación realizada -no se olvide el/la lector/a de este detalle- se enmarca en el contexto de la comprensión del significado de los términos éxito y fracaso, y más en concreto de alguna de las pistas que ofrece el Antiguo Testamento, sus palabras y sus categorías, para comprender con más exactitud los elementos que configuran ese binomio mencionado.

¿Cómo puede ser eso, probablemente se preguntará el/la lector/a, si ni siquiera se menciona en ningún momento de la película ninguno de los dos términos citados? En seguida lo comprenderá.

RAQUEL VIO QUE NO HABÍA DADO HIJOS A JACOB (Gn 30,30)

No se trata en esta ocasión de otro título de una película. Se trata simplemente de una frase que ayuda a comprender los elementos de la historia de Raquel, imprescindibles para entender la película de su muerte y de la del nacimiento de su hijo Benjamín.

Un elemento que caracteriza las narraciones patriarcales del libro del Génesis es el de la promesa divina. El Dios de los patriarcas promete a éstos una abundante y copiosa descendencia y la posesión del país. El conocido comienzo de los relatos patriarcales *yo haré de ti una gran nación, te bendeciré y engrandeceré tu nombre* (Gn 12,2), presenta en un lugar central el verbo bendecir. La raíz hebrea de este verbo significa poder de fertilidad o de crecimiento. Su efecto, en el contexto de la referencia citada, es que la descendencia de Abraham será numerosa (un gran pueblo)⁴.

La promesa de una innumerable descendencia aparece acompañada en numerosas ocasiones de la promesa de la posesión del país de Canaán. Dios promete, pues, a los patriarcas de Israel una posteridad y un país.

⁴ Cf. C. WESTERMANN, *Genesis 12-36. A Commentary*, Minneapolis 1985, 149.

Teniendo en cuenta lo que se acaba de señalar, es interesante recordar el comienzo de Génesis 30, que presenta fundamentalmente el tema de la rivalidad entre dos hermanas, Lía y Raquel, motivada por la falta de hijos de esta última.

Frecuente es en las narraciones patriarcales el motivo de la carencia de hijos. Sara (Gn 11,30), Rebeca (Gn 25,21) y Raquel (Gn 29,31) son esposas de los patriarcas y estériles. Un enorme sufrimiento es lo que le produce a Raquel su condición de estéril⁵; ni siquiera el esposo a quien ella ama puede ayudarle en esta situación. Un enorme sufrimiento, porque no tiene futuro, porque su vida no puede contribuir a que las promesas anunciadas por Dios a los patriarcas lleguen a su realización. Sin embargo, y gracias a la acción de Dios, Raquel, después de tanto sufrimiento y tras dar a luz a José, puede exclamar en Gn 30,23 *Dios ha quitado mi oprobio*.

RAQUEL Y BENJAMÍN: LA VIDA Y LA MUERTE

Se acaba de señalar la importancia del tema de la promesa de Dios a los patriarcas de una abundante y copiosa descendencia. Se ha señalado igualmente el sufrimiento que le produce a Raquel el no poder contribuir a hacer posible dicha promesa. Ahora se va a hacer referencia a otra situación de sufrimiento de Raquel: la del nacimiento de su hijo Benjamín.

El nacimiento de José supone para Raquel no sólo la liberación de su angustia y oprobio debido a su esterilidad, sino también el anuncio esperanzado del nacimiento de otro hijo, tal como anuncia Gn 30,22-24. Ese otro hijo es Benjamín.

Gn 35,16-20 anuncia el cumplimiento de dicho anuncio esperanzado. Benjamín llega al mundo. El nacimiento de Benjamín tiene una importancia particular por estos dos motivos:

- confirma la intervención de Dios en favor de Raquel, a quien escucha, hace fecunda y libera de su angustia;
- confirma que la promesa anunciada a los patriarcas se está cumpliendo.

Todo parece entonces responder de manera exitosa al programa anunciado por Dios al comienzo de los relatos patriarcales (Gn 12,1-3); todo parece insertarse adecuadamente dentro del marco de referencia del éxito (fecundidad, vida, descendencia copiosa, cumplimiento de lo anunciado). Todo menos el fracaso aparentemente más estrepitoso: la muerte de Raquel. Vida y muerte, éxito y fracaso: he aquí los hilos que aparecen estrechamente entrelazados en el pasaje que ocupa nuestra atención y que puede ayudarnos a comprender el sentido del binomio que estructura este número de la revista *Sal Terrae*.

Muchos hombres y mujeres de nuestras sociedades conocen por propia experiencia la alegría que comporta la llegada al mundo de un pequeño, alegría que acompaña también muchos momentos de la existencia del hijo y de los padres: infancia, adolescencia, madurez, etc. Son igualmente muchos los hombres y las mujeres que conocen de primera mano los sufrimientos que se padecen con la llegada de un nuevo miembro a la familia. En particular, es a la madre a la que de un modo más concreto le toca atravesar numerosos y diversos padecimientos.

⁵ Este motivo aparece igualmente en otros textos bíblicos (1 Sm 1; Sal 113).

El momento del parto supone un punto de referencia importante. Además del sufrimiento previo (miedo al parto y a sus posibles complicaciones), la madre sufre fuertes dolores físicos. Pasado este evento tan nuclear y fundamental, las preocupaciones y los sufrimientos no se agotan. El niño nace, crece y vive en relación con la madre; pero lo hace, eso sí, con total independencia y autonomía. También en otros muchos momentos de su existencia debe pues la madre renunciar a poseer a su hijo, renunciar al hijo que ha llevado en sus entrañas, *morir* al hijo al que ha dado vida. En el caso de Raquel este sufrimiento adquiere su punto culminante en el momento del nacimiento del hijo de sus entrañas, Benjamín. Así lo recuerda Gn 35,18:

Ahora bien, al exhalar Raquel su alma, pues se moría, le puso por nombre Ben-óní; pero su padre le llamó Benjamín.

La profesora de Sagrada Escritura Bruna Costacurta afirma que la clave para comprender el conjunto de la narración de Gn 35,16-20 es precisamente el doble nombre que recibe el hijo de Jacob y de Raquel⁶. Es dicha comprensión la que posibilita captar la relación entre el tema de la vida y la muerte; es ella la que hace posible ahondar en el sentido que tienen el éxito y el fracaso según esta narración bíblica.

He aquí los términos que están detrás del juego de palabras *Ben-óní- Benjamín*: dolor o desgracia, fuerza o fortuna, riqueza o vigor. Es sabido que la traducción más adecuada de la palabra hebrea *ben* es hijo. Benjamín significa entonces hijo de la fuerza o de la fortuna, es decir, hijo con poder y fuerza para ayudar y sostener a otros. Por su parte, *Ben-óní* significa, según algunos autores, hijo del dolor o de la desgracia. Si se consideran válidas estas últimas afirmaciones parece adecuado interpretar Gn 35,18 de la siguiente manera.

En el momento de morir Raquel concede a su hijo el nombre de hijo del dolor o del sufrimiento. Lo característico del descendiente de Raquel, su esencia-no olvidemos que en el antiguo Oriente el nombre define la esencia de una cosa- es ser hijo de la desgracia, porque su nacimiento ha provocado la muerte de su madre. Infeliz o infausto es, pues, su destino. Por eso, y para que su sino no sea siempre el de la fatalidad, Jacob corrige el nombre dado por Raquel y confiere a su hijo el nombre de Benjamín (hijo de la fuerza o de la fortuna).

Ahora bien, en buen hebreo *Ben-óní* no significa sólo hijo del sufrimiento, sino que puede significar también hijo del vigor o de la riqueza (Gn 49,3; Dt 21,17; Sal 78,51; 105,36). De ahí que valga la pena recordar y reconocer que la doble posibilidad de comprensión del nombre que recibe de su madre el hijo de Raquel confiere al texto una riqueza particular.

Así, al imponer Raquel a su hijo el nombre de *Ben-óní*, la matriarca hace referencia tanto al sufrimiento y a la desgracia (muerte) como a la abundancia y el vigor (vida). De modo que, al mismo tiempo que expresa la dureza de la muerte por la que atraviesa, Raquel libera a su hijo de cualquier responsabilidad que lo marque definitivamente con el signo de la desventura. El destino del hijo de Jacob y de Raquel es un destino de ventura, de riqueza, de abundancia y de vida. Así lo expresan tanto el nombre que le impone su madre (*Ben-óní*) como el que le impone su padre (Benjamín).

Las dos posibilidades que ofrece el nombre que Benjamín recibe de su madre subrayan entonces-cito palabras de Bruna Costacurta- *que la pérdida radical de todo por parte de Raquel no es algo que ella solamente sufre y padece; es algo que ella acoge y ofrece, de*

⁶ Véase de manera especial su excelente obra *La vita minacciata*. Il tema della paura nella Bibbia Ebraica, AnBib 119, Roma 1988, cuyas páginas 279-284 inspiran nuestras reflexiones.

*manera que ella misma, entrando en la experiencia de la muerte hace de ésta un lugar de vida para su hijo*⁷.

¿Qué es pues el éxito y el fracaso si uno se fija en el *modelo Raquel*?

A primera vista, su fracaso mayor parece estar marcado por el mismo hecho de morir. En segundo lugar, su escasa fecundidad (sólo es madre de dos hijos, cuando el tener muchos hijos puede considerarse en la Escritura como un honor: Gn 15,5; 24,60; Rut 4,11-12) es también expresión de su falta de éxito. En tercer lugar, su muerte le impide ser reconocida, felicitada y alabada por su hijo, tal y como se recuerda en la tradición sapiencial, concretamente en el *Elogio de la mujer* de Pro 31,10-31.

Sin embargo, el fracaso de Raquel adquiere su pleno sentido si se tienen en cuenta las dos consideraciones siguientes, que hacen posible comprender cómo se puede entender el éxito que desprende la vida entregada de Raquel.

La primera es que la mujer de Jacob renuncia enteramente a sí misma. Acepta morir para que su hijo pueda vivir; y lo acepta en un grado tal que es capaz de liberar al *hijo de su muerte* de la pesada carga de ser siempre recordado como el causante de dicha muerte. Más que morir, Raquel da y entrega la vida. De ese modo posibilita que la promesa o bendición divina prometida a Abraham, antepasado de su marido, pueda seguir teniendo vigencia. Renunciando a su propia vida y poniendo ésta al servicio de la promesa anunciada a Abraham, Raquel manifiesta que el mayor de los éxitos consiste precisamente en morir para dar vida, en morir para que la vida continúe.

La segunda aparece en labios de la comadrona que atiende a Raquel. *No temas*, le dice, *que también esta vez vas a tener un hijo*. Raquel no sólo muere a sí misma entregando su vida y siendo de ese modo generadora de vida. Raquel supera también el miedo a la muerte, esa emoción tan intensa que anida en el corazón de todo ser humano y que es capaz en infinidad de ocasiones de apresarle y atenzarlo de tal manera, que le hace vivir frecuentemente en estado de agitación, nerviosismo, angustia y desesperanza. Pues bien, la palabra pronunciada por la partera es una afirmación esperanzada de que Raquel, muriendo a sí misma, ha sido capaz de superar el terrorífico temor a la muerte. He aquí, pues, otro elemento del éxito de Raquel: la victoria sobre el miedo humano a la muerte.

Se puede concluir entonces que lo importante y característico de la actuación de la matriarca es que renuncia a lo personal y a lo particular en beneficio de un proyecto común; que renuncia a lo que afecta a un ámbito menor y más reducido (el de su propio yo) en favor de otro más amplio, que incluye a numerosas personas. El éxito de Raquel consiste entonces en dar primacía al bien común sobre el bien personal y, más concretamente, en renunciar al bien propio en favor del bien común.

HEME AQUÍ, CONTESTÓ ABRAHAM

No se va a contar aquí de nuevo una película. No parece necesario recordar al/a la lector/a de este artículo el relato bíblico del sacrificio de Abraham, de sobra conocido por todos los que se detengan a leer este artículo.

Sí, en cambio, creo oportuno recordar algunos aspectos narrativos del episodio del sacrificio de Abraham, pues permiten comprender más adecuadamente su significado⁸.

Si una persona se encontrase en una sala cinematográfica viendo una película basada en el relato de Gn 22,1-19, quedaría probablemente muy impactada por las imágenes que

⁷ Cf. *La vita minacciata*, 283.

⁸ Un tratamiento amplio y detallado de dichos aspectos puede verse en: J.L. SKA, «Gn 22,1-19. Essai sur les niveaux de lecture», *Bib* 69 (1988) 324-339.

reprodujesen los tres versículos que narran el momento en que Isaac llega al lugar indicado por Elohim para sacrificar a su hijo (Gn 22,9-11). Estoy seguro de que una música tremendamente penetrante acompañaría esta imagen tan expresiva: Abraham, caracterizado por un semblante serio a la vez que tenso, aparece sumido en una profunda angustia y congoja, pues delante de sí tiene a su hijo Isaac atado, a quien va a sacrificar con el cuchillo que empuñan sus manos. Estoy seguro también de que dicha imagen ocuparía toda la pantalla de la sala durante un largo e interminable tiempo. El director de la película mostraría con ello la importancia que tiene en la narración el hecho tan *deshumanizador* que Dios pide a Abraham que realice: sacrificar a *su hijo, su unigénito, a quien tanto ama* (Gn 22,2).

AHORA HE COMPROBADO QUE TEMES A ELOHIM

Se ha hecho ya referencia a la importancia que tiene el tema de la promesa de Dios a los patriarcas (descendencia copiosa, posesión de una tierra) en los relatos patriarcales. Se asume lo dicho anteriormente, para presentar en este apartado el sentido del éxito y del fracaso que transparenta la actuación de Abraham en Gn 22,1-19.

La información con que comienza este capítulo *tras estos sucesos acaeció que Ha Elohim probó a Abraham* es una clave de lectura que el narrador del capítulo ofrece al lector del mismo. No es una información que recibe Abraham, quien ignora que lo que Dios le pide pueda estar enmarcado por dicha referencia⁹.

Así pues, la petición que el patriarca recibe de Yahveh (sacrifícame a tu hijo, a tu unigénito) resuena con una fuerza especial y particular en los oídos de Abraham. Es probable que éste, al escuchar el mandato recibido y al disponerse de inmediato a cumplirlo, se acordara inmediatamente de lo siguiente:

- en primer lugar, de la imposibilidad e inviabilidad de la realización de la promesa de Dios. Abraham es consciente de que cumplir lo que Dios le manda supone al mismo tiempo impedir que el anuncio de Dios se haga realidad, ya que al sacrificar a su hijo interrumpe la sucesión que dará lugar a la copiosa descendencia;
- en segundo lugar, de la historia precedente vivida por el patriarca, historia marcada por diversos avatares. En Gn 12-21 pueden leerse diversas referencias al binomio *promesa-amenaza a dicha promesa*. Así, en esos capítulos se pone repetidamente en boca de Dios la confirmación o renovación de la promesa anunciada. Al mismo tiempo, se presentan diversas referencias amenazadoras de dicha promesa, en las cuales, sin embargo, no aparece nunca un problema tan destructivamente amenazador (que Dios pide a su siervo que se elimine la promesa prometida). Esta historia recorrida por Abraham, marcada por alegrías y por tristezas y dificultades, posee su clímax en el nacimiento de Isaac, que anuncia una vez más el cumplimiento de la promesa de Dios.

La respuesta de Abraham a la orden de Yahveh expresa entonces el fracaso del patriarca, caracterizado por los dos elementos anteriormente descritos. El patriarca fracasa doblemente: pone punto final a lo anunciado por Yahveh; corta el desarrollo de la historia anterior justo en el momento en que parece que ésta ha llegado a su culmen.

⁹ Cf. A. WENIN, «Abraham à la rencontre de YHWH. Une lecture de Gn 22», *RTL* 20 (1989) 162-177, esp.168.

La matriarca Raquel –así ha quedado especificado en los apartados anteriores- triunfa y tiene éxito, porque orienta y entrega su vida a un bien y una causa mayor, es decir, porque se olvida de sí misma. Del mismo modo el patriarca Abraham puede ser modelo de referencia, porque su éxito está determinado y marcado por el olvido del patriarca de sí mismo.

¿De qué se olvida el padre de Isaac o, dicho de otro modo, a qué renuncia Abraham?

Primero. Isaac es para Abraham *algo más que un hijo o un don natural... Es el máximo don / bendición de Dios*¹⁰. Abraham renuncia entonces al milagro de la realización de la promesa, al don mismo y supremo de Dios, al sentido de su propia vida¹¹.

Segundo. Hasta el episodio de Gn 22 Abraham había percibido a Dios activo y presente en diversas y distintas situaciones: confirmando la promesa anunciada; afrontando las dificultades que surgen y que ponen en peligro dicha promesa. En la narración del sacrificio de Isaac, Abraham renuncia al conocimiento adquirido de Dios, y se abre al conocimiento de un Dios tremendamente *extraño, incomprensible e imprevisible*, que aparece como *potencia contradictoria y aparentemente arbitraria que ofrece una mano y exige la otra*¹².

Pues bien, es precisamente esta renuncia de Abraham a unos principios básicos y fundamentales, es precisamente el hecho de no renunciar a entrar en una experiencia de clamoroso fracaso lo que hace posible que el patriarca aparezca en Gn 22 como el modelo en el que tiene que fijarse Israel para reconocer lo que tiene que caracterizar su relación con Dios. Gn 22,1-19 manifiesta prudente y silenciosamente-no olvidemos que el silencio y la prudencia caracterizan la disponibilidad de Abraham a cumplir el mandato de Dios- que la generosidad del patriarca están atravesadas por el mayor de los éxitos. ¿En qué consiste dicho éxito? ¿Cuáles son sus características? A responder a estas preguntas se dedican las últimas líneas de este artículo.

Abraham es ante todo el hombre de la fe y de la confianza ciega en un Dios *extraño, incomprensible e imprevisible*. Lo importante de dicha fe y de dicha confianza es que no hacen del patriarca una persona voluntarista, tensa, triste, rota y amargada. El texto al que nos referimos trasluce una importante referencia: la confianza ciega en Dios está acompañada de una ternura extrema por Isaac. Con su hijo el patriarca no se muestra ni indiferente, ni antipático; al contrario, se muestra cercano y delicado hasta más no poder (lo llama siempre *mi hijo*, cuando está a punto de quedarse sin él / impide que Isaac pueda sufrir alguna herida transportando el cuchillo o la leña). Confiar en Dios y cuidar al máximo y con esmero lo que es de Dios: he aquí dos elementos inseparables de la confianza de Abraham en Dios.

En segundo lugar, el patriarca es un hombre desprendido y gratuito. Como afirma el Ángel de Dios en Gn 22,12, la fe de Abraham es la que le posibilita reconocer que Isaac no es posesión suya, sino que es un don de Dios recibido. Por eso, puede tener la suficiente fortaleza y tranquilidad para devolver a Yahveh lo que de él ha recibido.

Queda sólo añadir que este éxito de Abraham queda afirmado y confirmado por la propia narración del Génesis. El Ángel de Yahveh devuelve a Abraham lo que éste ha entregado a Yahveh (el hijo de la promesa) y renueva y confirma la promesa anunciada: *te colmaré de bendiciones y abundantamente multiplicaré tu descendencia* (Gn 22,17).

¹⁰ Cf. F. GARCÍA LÓPEZ, «Gen 22, entre la interpretación histórico-crítica y la literario-teológica», en: *Biblia, literatura e iglesia*, eds. F. GARCÍA LÓPEZ, A. GALINDO GARCÍA, Biblioteca Salmanticensis Estudios 169, Salamanca 1995, 47-62, esp.58.

¹¹ Cf. A. WENIN, «Abraham à la rencontre de YHWH. Une lecture de Gn 22», 169.

¹² Cf. A. WENIN, «Abraham à la rencontre de YHWH. Une lecture de Gn 22», 175.